

Los jefes de cuerpo, por hábito ó por gusto, se sometían ó no á ellos. Pelleport refiere en sus *Recuerdos militares* que, en 1821, inspeccionando el 3.º de ligeros, los tambores y los músicos hubieron de presentársele con la librea de su coronel, el marqués de Tressan.

Y en 1829, el barón de Letang, recién promovido, encontró en Nancy su regimiento, el 6.º de cazadores, con un vestuario que le desagradaba. Llama á su maestro sastre, le manda reformar los modelos oficiales y prescribe que vistan á su capricho sus cazadores. En la primera revista sorprendióse el general, y celebrando y todo el garbo de los soldados y de su vestuario, ordenó que le exhibieran los modelos. El capricho hubo de costar caro al barón de Letang, que tuvo que costear de su bolsillo un nuevo vestuario ajustado al reglamento.

Tal es á grandes rasgos la historia de las resistencias á los modelos reglamentarios del uniforme de nuestro ejército, resistencias hoy imposibles.

Los coroneles no tienen ninguna influencia en la confección de los efectos militares, los cuales son suministrados por contratistas llamados á pública subasta.

Por lo demás, como puede verse en un diorama expuesto por dichos empresarios y cuyos grupos reproducimos, el capricho y la diversidad están igualmente desterrados del ejército: un dormán, que sólo varía de colores, y un saco uniforme constituyen el vestuario de la tropa de todas armas.

Este diorama formado por medio de maniqués vestidos de efectos fabricados, es verdad, con más esmero de lo que permite el reglamento, da una ligera idea de nuestro ejército. Se han dispuesto bien las escenas del vivac: un cocinero se cuida del rancho, un gendarme hace herrar su caballo; todo está en acción.

Y los cuerpos menos conocidos en París están representados allí: gendarmes moros, cazadores alpinos, cazadores tonkineses, cazadores de África... Y la multitud, muy satisfecha de pasar una revista en miniatura, se agrupa en oleadas renovadas sin cesar en aquel lugar preferido de la Exposición.

Es bien poca cosa, ciertamente; pero la idea es clara y la multitud prefiere lo que, siendo sencillo, produce buen efecto.

En verdad, para los aficionados, la clasificación de las imágenes militares desde Luis XV hasta nuestros días revela un esfuerzo más inteligente, más discreto é importante; pero el público comprende que este trabajo es, como ya hemos dicho, absolutamente facticio, que no representa la verdad, mientras los soldados del diorama la representan con cierto esplendor.

Sin embargo, conviene colocar por debajo de los antiguos uniformes expuestos en las vitrinas y de algunos cuadros militares bien elegidos, como por ejemplo, la plana mayor de los granaderos de la guardia real, por Vernet, algunos dibujos tomados del Depósito de la Guerra, las acuarelas de M. Rozat de Mandres representando el 4.º de coraceros en todas las edades de su vida; pero yo, por mí, no dejo de considerar como muy acertada la historia del uniforme en estampas iluminadas.

Nuestros grandes pintores militares, Meissonier y Eduardo Detaille, si por sus obras no están representados en este lugar de la Exposición, han enviado á ella sus colecciones de uniformes y equipos militares: á mi parecer es lo que hay allí más precioso. Y esto da al mismo tiempo el secreto de la corrección y soltura de los personajes que estos dos ilustres artistas hacen figurar en sus cuadros: pintan por los modelos vestidos de uniformes auténticos. Es la primera vez que se ensaya, y por defectuosa que sea, marca una etapa en los progresos que hace diariamente nuestra historia militar.

Hay que pasar de largo ó invertir un tiempo considerable en las galerías consagradas á las colecciones de las antiguas armas de lujo: los patriotas, como también los conocedores, hacen una estada más larga en las dos salas destinadas al servicio geográfico.

Hoy el arte de conducir los ejércitos estriba, más aún que en tiempo de Napoleón, en el conocimiento del terreno y de sus recursos. Las vías férreas, los telégrafos, las instituciones municipales han trastornado todos los países y por consiguiente todos los detalles de la guerra. En otro tiempo, el célebre Curely llegaba con veinte húsares á un villajo enemigo, recogía la correspondencia pública é importunaba al burgomaestre para obtener algunos detalles sobre los caminos y las quintas de la vecindad; y se celebraba mucho su actividad. Actualmente, con su mapa en el bolsillo, el oficial encargado de un reconocimiento, por poco que hable la lengua de la región en que opera, sabe á veces más que el mismo burgomaestre.

En efecto, trazándole su itinerario, el servicio de estas investigaciones lo ha puesto al corriente de todo dándole los elementos de su misión. No tiene más misión que observar al enemigo ó buscarlo para observarlo.

Pero debe saber leer de corrido su carta geográfica y aun descifrarla á primera vista, como un músico descifra su papel de partitura, y trasportarla en caso de necesidad. Un país, en efecto, no es el mismo en todos tiempos; del estío al invierno cambia enteramente: lluvias abundantes pueden trasformarlo y hacer un torrente del más inofensivo arroyo.

Basta comparar con nuestro mapa al $\frac{1}{80,000}$, el mapa francés de Casini y los que sirvieron á Napoleón en sus campañas, para juzgar del valor de los documentos geográficos que se ponen hoy á disposición de nuestros oficiales. El servicio geográfico del ejército, antiguamente Depósito de la Guerra, empezó en 1818 el mapa de Francia dicho de $\frac{1}{80,000}$. Bajo la dirección de generales geodésicos, topógrafos y geográficos, todos los años, comisiones de oficiales del servicio de estado mayor han levantado planos del terreno con instrumentos de precisión, y luego rectificado su trabajo terminándolo felizmente. Es una obra maestra que cada nación nos envidia.

El establecimiento de ciertos itinerarios ha exigido ocho y diez años de trabajo: después, terminado este trabajo, la industria del hombre venía á trastornar el terreno y una nueva revisión exigía un tiempo igual. Como la tela de Penélope, Francia se ha deshecho y rehecho infinidad de veces de cincuenta años á esta parte. Antes permanecía fija, y la Francia de 1840 no era muy diferente de la de 1789. El servicio geográfico sigue con ojo atento las mutaciones del suelo y vuelve á empezar el mapa, que siempre en curso, no está sin embargo nunca al día.

A Louvois, ministro de genio, debe Francia la creación del Depósito. Su primer jefe fué el mariscal Maillebois, á quien el paradójico é ilustrado general Pierron pretende que Bonaparte le robó los planos de su inmortal campaña de Italia.

Entre sus sucesores se cuentan los ilustres generales Ernouf, Meunier, Clarke, Andreossy, el conde Sanson, Bacler d'Albe, el barón Pelet, Morin y Blondel.

En 1887, reorganizó el Depósito el general Perrier, que lo dirigía desde 1882, y á la muerte de este último ocupó su puesto el coronel Derrecagaix. Como se ve, el servicio geográfico está siempre en buenas manos.

En otro tiempo, la actividad del Depósito de la Guerra en la confección de cartas geográficas era mucho menor. Sin dinero no se puede hacer nada, y los presupuestos de

añaño no eran crecidos ni mucho menos. Siempre oigo vituperar los tiempos pasados y encomiar los presentes. Lo que sería más exacto fuera hacer constar que Francia no repara en gastos. Así pues, hemos emprendido la obra magna del mapa de Argelia, tan bien hecho como el de Francia, avanzando tierra adentro con paso lento y seguró.

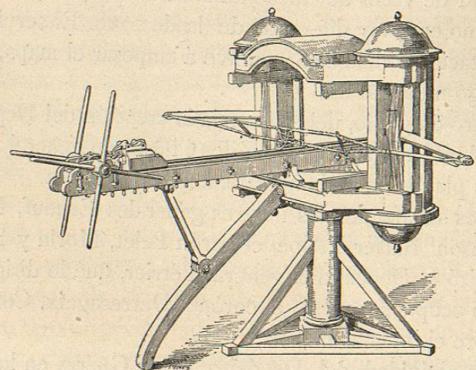
Poseemos también un mapa del Tonkín al $\frac{1}{1.000}$. Finalmente nuestro servicio geográfico compra, recoge, clasifica, colige todos los mapas extranjeros. En la calle de Grenelle hay organizado un servicio de foto-grabado en acero, de reproducción en cinc y de fotografía. Si, por desgracia, estallara la guerra, está todo preparado para que el servicio geográfico satisfaga rápida, instantáneamente, si es preciso, todas las exigencias de una campaña interior ó exterior.

El público, á lo menos cierto público, se asombra de que los mapas del servicio Geográfico estén de venta en todas partes sin cosa de reserva y á precios tan módicos que puede adquirirlos cualquiera. No hay razón para esa extrañeza. Los italianos sólo entregan al comercio para sus provincias fronterizas pruebas medio borradas, y se creen muy astutos. Los mapas exactos son utilísimos, no se puede pasar sin ellos, y por más que se dificulte su difusión, sabe procurárselos un aliado y hasta un enemigo previsor. ¿No saben los italianos que hay siempre medios muy elementales de poseer ejemplares completos? Pues de uno solo de estos ejemplares, se sacan y tiran mil, cien mil. Vale pues más dejar que circulen libremente, maxime cuando su circulación vulgariza, democratiza el arte de leerlos. Ahora bien, es preciso de toda necesidad que todos los franceses, pues todos han de ser soldados, sepan leer el mapa. Tiempo vendrá, y no puede estar muy lejos, en que la lectura de los mapas forme parte de la instrucción primaria. Cuando esto suceda, poseeremos una verdadera educación nacional. Lo que es necesario á todos, á todos debe enseñarse: es el mejor programa de pedagogía.

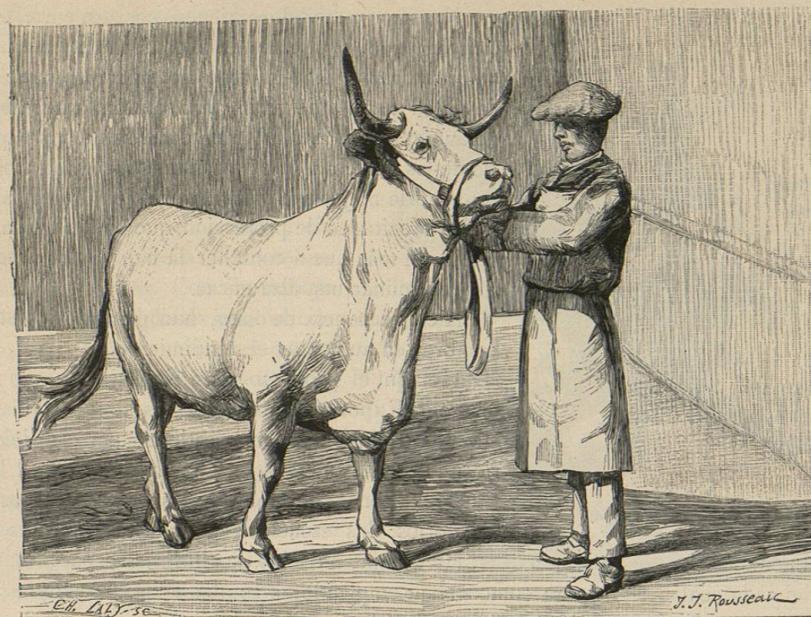
Así pues entendemos que las dos salas de Geografía del ejército pueden clasificarse entre las maravillas de nuestra Exposición. No hacen mucho ruido, pero su riqueza científica tranquiliza el corazón de los que aman la patria.

En el fondo, el éxito de la exposición militar está hecho enteramente de patriotismo, y cuando se mira de cerca, el servicio de Geografía representa una gran suma de progreso nacional. Lo pintoresco es bueno, pero lo sólido y serio es mejor.

JULIO RICHARD.



Modelo de balista antigua



El Concurso de animales, en los Campos Elíseos. Primer premio (raza gascona)

LA AGRICULTURA Y LA VITICULTURA

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

Las Exposiciones en general tienen la reputación de ser un poco engañosas, por cuanto no enseñan á los curiosos más que lo que hay encima de la canasta. Es á lo menos lo que dicen los observadores vulgares. Estos no ven más que la superficie de las cosas y las partes deslumbradoras del cuadro; van á lo que reluce sin detenerse en las sombras, y pierden en extasiarse el tiempo que debían emplear en instruirse.

Animales magníficos, exclaman, plantas vigorosas, productos perfectos ó deliciosos: he aquí la característica de una situación próspera. ¿Dónde pues están las miserias con que nos atormentan los oídos?

Sin duda las magnificencias de nuestra Exposición tienen su mérito y marcan verdaderos progresos; pero no borran el antiguo refrán de nuestros mayores: *Habit de velours, ventre de son*, ricos vestidos y el vientre vacío, ó más literalmente, ropa de terciopelo y vientre de afrecho. El terciopelo abunda en nuestra época, pero el afrecho no falta. El terciopelo es el bienestar exterior, el afrecho la miseria oculta. Nosotros cultivamos mejor y ganamos más que nuestros padres; en cambio, en nuestros campos se vive mejor también, lo que es una ventaja, y se gasta más, lo que es ya un inconveniente. Demasiado progreso en terciopelo y no el suficiente progreso para costearlo. Los gastos van á escape, los ingresos no llevan tanta prisa, y de aquí una seria penuria ó escasez en medio de la conveniencia y de una prosperidad aparente.

Tal es la situación verdadera de nuestras poblaciones agrícolas.